

Querido Maestro:

No he tenido la fortuna de ser alumna de usted; sin embargo, tengo la oportunidad de formar parte de su casa académica: la Universidad Nacional Autónoma de México, y de la familia del Instituto de Investigaciones Jurídicas.

A pesar de no haber cruzado con Usted más que un cordial saludo en las mañanas cuando llega al Instituto, recuerdo la primera vez que fui consciente de haber leído unas palabras suyas, que debo confesar que al recordarlas me emocionan al grado de que de mis ojos broten las lágrimas: “El Instituto de Derecho Comparado y ahora de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, que cumple sesenta años de existencia, ha sido mi hogar académico durante cuarenta y cuatro largos años que he vivido intensamente: en sus momentos difíciles y en los de mayor desarrollo. El personal académico y administrativo, que ha aumentado progresivamente, constituye para mí la extensión de mi familia y, por ello, me considero parte de una verdadera fraternidad”.*

Al leer estas líneas tenía poco tiempo de haber ingresado al Instituto y no teníamos la fortuna de contar ya con su cátedra en la Facultad de Derecho, aun así, sus palabras me hicieron sentir con enorme sinceridad y afecto que ingresaba a una familia, donde la mayoría de nosotros pasamos gran parte de nuestro tiempo, pero siempre con la finalidad de que nuestra Universidad, nuestro Instituto, sirva a la comunidad. Desde ese momento comprendí que el personal del Instituto se había convertido en lo que Usted precisamente había ya dicho: “la extensión de mi familia”. También debo decir que al leer algunos fragmentos de su *currículum* comprendí al académico brillante que hay en Usted, lo comprometido que está con la ciencia jurídica y, por lo tanto, con la sociedad.

* *Instituto de Investigaciones Jurídicas. Sexagésimo aniversario*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2000, p. 12

La admiración que le tengo es conocida por varias personas en el Instituto. Así recuerdo como una anécdota que en una oportunidad Patricia Rodríguez, que colaboraba en el Departamento de Publicaciones, con la intención de que yo tuviera la oportunidad de conocerle en persona y platicar con Usted, so pretexto de llevar unos documentos, me invitó a ir con ella, pero no me dijo a dónde íbamos, me sorprendió llegar a su oficina y no quería entrar; literalmente “me arrastró”, así fue que entramos y mientras usted revisaba los documentos, conversaba con ella e intercambiaban un par de bromas, simplemente me quedé parada frente a Usted sin poder decir palabra, mientras observaba su franqueza, sencillez, su buen humor para tratar a las demás personas. Al salir, Patricia me “regañó” pues dijo que ni siquiera le pude saludar diciéndole mi nombre; bueno, confieso que fueron los nervios de estar frente a un hombre como Usted, ahora lamento no haberlo hecho.

Al paso de los años he tenido la fortuna de leer algunos trabajos suyos; sin embargo, es ahora, cuando he leído uno de los doce tomos que se están preparando en homenaje a Usted (lo cual agradezco al doctor Ferrer Mac-Gregor y al licenciado Raúl Márquez) que he podido conocer más la persona del Maestro Héctor Fix-Zamudio. Me impresiona, y no dudo que quienes lean estas cartas lo estén también, como tantos seres humanos, reconocidos juristas nacionales e internacionales, seres que han tenido la oportunidad de convivir con Usted más allá del ámbito académico, personas en lugares cercanos y lejanos, con diferentes idiomas y edades, le dedican algunas palabras tan sensibles, llenas de admiración, cariño y agradecimiento.

Gracias querido Maestro por permitirme conocerlo, porque Usted es un ejemplo a seguir en todos los aspectos: humano, personal, académico y profesional.

Con cariño y respeto

Karla Beatriz TEMPLOS NÚÑEZ**

Ciudad Universitaria, verano 2008

** Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, México.